

Referencias martianas a Francia en páginas de La Edad de Oro (1889)*

Reynier Rodríguez Pérez

Con motivo de la VI Reunión del Consejo Mundial del Proyecto José Martí de la Unesco, el investigador cubano Pedro Pablo Rodríguez (2012) expuso los aspectos más importantes de la cultura popular dominicana presentes en la obra de José Martí, haciendo énfasis en los *Diarios de Campaña*; allí dejó claro que en el estudio de esta línea temática fueron pioneros los camagüeyanos Luis Álvarez Álvarez y Olga García Yero (2008), con su libro *Visión martiana de la cultura*. Es preciso apuntar, sin embargo, que ninguna de estas dos aproximaciones alcanza a jerarquizar, desde un enfoque estrictamente cultural, el pensamiento del Apóstol de la Independencia cubana.

El propio Rodríguez (2012, p. 178) afirma que no existe en el conjunto de obras del Maestro,

[...] una exposición sistematizada de su cosmovisión o de algunos aspectos de su ideario, aunque así lo planeara frecuentemente, sino que para ello se valió de las más diversas formas de la escritura, abarcando desde la expresión definitivamente ficcional (poesía, cuento y teatro) hasta el periodismo en su más amplia variedad de géneros (ensayo, artículo, crónica, editorial, sueltos y gacetillas), desde la oratoria hasta la epístola, sin excluir sus cuadernos de apuntes o anotaciones y hasta sus traducciones.

* Este texto aparece recogido en el volumen Bonnet, P. & Remón García, A. (2013). *La création artistique en France et à Cuba. rencontres, separations et rendez-vous manqués*. Francia: L'Harmattan, como parte del Premio Casa Víctor Hugo, La Habana, 2013 [Nota del Editor].

En este abanico se muestra el pensamiento del cubano universal que, de una u otra forma, es siempre cultural. En él, se pueden distinguir y organizar, como campos magnéticos –agrupadores, jerarquizadores de contenidos–, ciertas motivaciones. Una de ellas es la ética revolucionaria, que Cintio Vitier (2006, p. 92) resumió en cuatro puntos clave. A saber: 1) continuidad y unidad de la lucha revolucionaria; 2) antirracismo; 3) toma de partido “con los pobres de la tierra”; 4) antianexionismo y antimperialismo.

Otra motivación evidente en Martí es el modelo o paradigma político, social y cultural francés, adoptado en todo el mundo por intelectuales e instituciones a lo largo de los siglos XVIII y XIX, fundamentalmente, en respuesta o como manifestación de su admiración por los éxitos que había obtenido el pueblo galo durante el periodo posterior a la Revolución Francesa.

Pudieran mencionarse muchas otras, importantes y reveladoras fuentes motivacionales en la obra martiana, en las que se ha venido trabajando en Cuba y fuera de ella, pero conviene detenerse aquí ante la notable ausencia de una bibliografía pasiva sólida, que diseccione el tratamiento a los aspectos de la cultura francesa en Martí —salvando honrosas excepciones, por supuesto, como los estudios de Carmen Suárez León, Jean Lamore, Juan Marinello, Noel Salomón, Paul Estrade, Alejandro Herrera Moreno y Roberto Fernández Retamar—. Conservo un número de la revista *SIC*, dedicado a la presencia francesa en las letras cubanas, en la que por toda mención a nuestro Héroe Nacional, se incluyen solo dos ideas:

No podía estar ausente en estos comentarios sobre poetas cubanos de expresión francesa la labor de José Martí, aunque no en la dimensión de otros en los que hemos centrado nuestra atención hasta ahora, si se tiene en cuenta, precisamente, que dedicó la mayor parte de su vida, y su vida misma, a la causa revolucionaria. De su labor como traductor de esta lengua se sabe que vertió al castellano la novela *Mes fils* (Mis hijos), de Víctor Hugo, y las composiciones de Laboulaye “Meñique” y “El camarón encantado”, contenidos en *La Edad de Oro* (1889) (Barrero, 2001, p. 10).

Huelga decir que, ni estos fueron los dos únicos momentos en que José Martí tradujo alguna pieza del francés, ni fueron esas dos sus aproximaciones exclusivas a la cultura y el idioma de los poetas parnasianos. De hecho, estas páginas serían escasas solo para hablar de los acercamientos

martianos a Francia en *La Edad de Oro*, revista que aun a ciento treinta años de editada, y a pesar de haber visto tan solo cuatro salidas, es una de las más estudiadas, leídas y traducidas piezas literarias creadas por el genio de Martí.

En el noble afán de esclarecer visiones, como aquella que cité, dedico a ese objetivo el texto que presento a seguidas, que en una primera versión mereció el Premio de la Casa Víctor Hugo de La Habana, en la modalidad Esmeralda, convocado en 2013 por la institución habanera y Asociación Cuba Cooperación Francia.

El tema convocado fue: *La creación artística en Francia y Cuba: encuentros y desencuentros*. El objetivo, formulado por Roger Grévoul, presidente fundador de Cuba Cooperación Francia, fue estimular la investigación y la creación artística y literaria acerca de los contactos y las influencias existentes entre las culturas francesa y cubana, desarrollar la reciprocidad intercultural y fortalecer las bases de nuestra colaboración.

Los ensayos premiados en cada una de las tres modalidades convocadas, y otros de similar calidad, aparecen en un volumen bilingüe editado por L'Harmattan (París, Francia) en 2014. Las experiencias compartidas en el texto que me fuera publicado, y las que luego adquirí en Francia, con motivo del premio, me llevaron por vez primera al *Jueves de la Cátedra*, espacio de diálogo abierto por la Cátedra de Estudios Franco-cubanos y Caribeños Montaigne-Montesquieu, así como al primer coloquio anexo al Festival del Caribe, *Lo francés en Cuba y el Caribe*. Para mí, estos han sido los premios mayores.

José Martí ante el paradigma francés

Confieso que en algún momento creí haber subvalorado mis propias lecturas acerca de la relación de aspectos de la cultura y la historia francesas presentes en *La Edad de Oro*. Esperé que la reedición, en el año 35 del Centro de Estudios Martianos (2012), del libro *Un proyecto martiano esencial: La Edad de Oro*, de Salvador Arias (2012), me abriese el paso a la verdad. Pero he aquí que, en la bibliografía pasiva que acompaña al texto¹,

¹ El beneplácito profundo con que hago referencia al hecho no me hace olvidar que aun es esta una bibliografía incompleta. ¿Creerá la institución que auspicia la investigación,

solo existen referencias a tres artículos que indagan en posibles conexiones entre los contenidos de La Edad de Oro y las culturas de Viet Nam, México y Grecia: de Gladys Blanco, “La huella mexicana de *La Edad de Oro*”, publicado en *Granma*, Resumen Semanal, La Habana, año 25, número 2, 14 de enero de 1990, con detalles sobre los hallazgos de Camilo Carrancá Trujillo en relación con el tema; de Alberto Velázquez López y Ada Bertha Frómata Fernández, “José Martí y la cultura griega”, publicado en *Aproximaciones a La Edad de Oro*, un libro hecho en Las Tunas por la Editorial Universitaria (2006); y, de Nguyen Viet Thao, “José Martí, un profundo conocedor del hombre vietnamita”, que aparece en el *Anuario del Centro de Estudios Martianos* no. 12, de 1990. Estas tres publicaciones nos refieren, así, nexos entre José Martí, su pensamiento y accionar, y la cultura de otros pueblos: o sea, se identifican con el modo en que fue más universal, desde sus contenidos y composición, *La Edad de Oro*, una revista transgresora del espacio y el tiempo; que no fue solo un proyecto martiano para llevar la cultura del mundo a los niños y niñas de América, sino un método, una escuela que enseñaba cómo la América se integraba a la Humanidad, formando parte su historia y cultura global, determinando parte de ella y conduciendo a ella experiencias de otros pueblos.

Es por eso que nos lleva Martí, constantemente, en su imaginación creadora, de una región a otra del orbe. De la América más nuestra (“Las ruinas indias”) a la América que no es nuestra (“Los zapaticos de rosa”); y de ahí a China (“Los dos ruseñores”), a Rusia (“El camarón encantado”), a Viet Nam (“Un paseo por la tierra de los anamitas”) y hasta Libia (“La perla de la mora”). Y en esta peculiar escuela de los nuevos ciudadanos

el estudio y la difusión de la vida, la obra y el pensamiento de José Martí, que todos los textos que abordan las temáticas vinculadas a *La Edad de Oro* –y, en particular, los que hayan sido editados fuera la capital–, están recogidos en esta bibliografía pasiva que aparece en el volumen del doctor Salvador Arias? La respuesta a esa pregunta retórica es obvia, aunque no opaque la importancia del citado documento. Este investigador desea destacar, especialmente, la ausencia en la bibliografía pasiva de *La Edad de Oro* preparada por Salvador Arias de un texto escrito por los investigadores Zoila Rodríguez Gobeia y Manuel Fernández Carcassés: *Amigos sinceros*, publicado en el 2003 por la editorial El Mar y la Montaña, en Guantánamo. El mismo incluye una aproximación al tema de los vínculos entre José Martí y Amador Esteva y Mestre, de los cuales emanó la idea de la distribución de *La Edad de Oro* en la isla desde la ciudad de Guantánamo. Sobre ese tema, cita la bibliografía pasiva de Salvador Arias dos artículos de Lisván Lescaille Durand, uno de ellos publicado precisamente en 2003, en el periódico *Juventud Rebelde*.

del mundo moderno cobraba una gran importancia el modelo o referente cultural que, a su Maestro, parecía satisfacer completamente: Francia. Una mirada a la frecuencia en que aparecen mencionados aspectos de la historia o cultura francesas en *La Edad de Oro*, permite defender la idea de que fue el referente cultural francés un eje transversal en la revista, que transmitía modernidad y valores.

Esto quiere decir que Martí alude a la patria de Voltaire y Víctor Hugo muchas veces más que a cualquier otra geografía nacional. Los artículos que demuestran ese afán, con mayor énfasis, son: “La historia del hombre contada por sus casas”, “Un juego nuevo y otros viejos”, “La exposición de París”, “Un paseo por la tierra de los anamitas” y “Cuentos de elefantes”. En todos ellos aparece una intención casi explícita de hacer ver, como universales, las prácticas culturales francesas.

En otros momentos alude a un símbolo o a un mito, ya legitimado por la tradición occidental, por ejemplo: la calidad de los perfumes, el teatro, la música o los vestidos franceses; y remarca sus atributos, por la caracterización de un personaje, un comentario o digresión “tal vez” oportuna, que deviene referente cultural. Son elementos que demuestran la intención del que suscribe. Si fueran suprimidos del texto, en la mayoría de los casos, no alterarían sus contenidos ni el sentido de lo expresado. Las causas de tanta insistencia debemos buscarlas allí donde la noble pretensión martiana de forjar, en niños y niñas de América, trazos de una conciencia legítima de latinoamericanistas –un concepto que él no llegó a desarrollar en el periódico–, construye con palabras los resortes que unifican a las culturas y los pueblos que están al sur del río Bravo, y el reflejo de los valores que los identifican, en las tradiciones de otros pueblos, similares a ellos.

De ahí que Martí busque a la América que es nuestra, para entregársela a esos niños y niñas de 1889, pero no a aquella de fronteras y de guerras fratricidas, alentadas por las viejas fuentes del poder colonial; sino a la América gloriosa, a partir del criterio que luego él haría explícito en su ensayo *Nuestra América*: “Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas”.²

² Jean Lamore ha señalado la similitud de este pensamiento martiano con las concepciones de José Carlos Mariátegui.

En ese propio ensayo expresa el cubano mejor: “Las levitas son todavía de Francia, pero el pensamiento empieza a ser de América”. De lo que se interpreta que, a juicio de Martí, seguía siendo el modelo francés en el arte, la política, las ideas transformadoras de la sociedad y la economía, y el paradigma de la vida moderna en general, el de mayor prestigio en casi todo el orbe. América Latina, había muy bien entonces en mirar a Francia, aunque hacia el interior, se fuera ya reconociendo como una parte del mundo, con ideas propias, políticos y pensadores notables.

En el futuro, debía abrirse el pensamiento americano y formular las soluciones para sus propios problemas, interpretando, aprovechando lo mejor de los viejos modelos de las naciones europeas y de los Estados Unidos. Para eso debían estar listos, en América, los niños y las niñas para los cuales José Martí escribió *La Edad de Oro*. No obstante, el modelo francés, como paradigma del mundo moderno, aún podía ser de utilidad a los infantes.

Así, se puede comprobar que de referencias a nuestra América y Francia, cada una en el empleo que se ha detallado, está plagada la revista que Martí lograría publicar, en la imprenta del editor Dacosta Gómez. ¿Creía Martí en que el paradigma francés era similar al que debía implantarse un día en nuestras Repúblicas? o ¿era Martí, como se ha dicho de Julián del Casal, un “afrancesado”? Más que respuestas a esas interrogantes, creo haber hallado en los textos de *La Edad de Oro* indicios de un elaborado pensamiento sistémico, que se podría resumir en tres criterios fundamentales:

1. Era la Francia que, heredera de la ambición colonial de otro tiempo (y por la cual tenía extendido su dominio sobre Anam), al mismo tiempo, abanderada del progreso, en virtud del cual hizo reunir a los pueblos del mundo en la Exposición de París, como una muestra de su solidaridad.
2. En América, sectores de las clases media y alta creían que “estar a la francesa” era sinónimo de lujo, de poder. De ahí que Bebé fuera a París *todos los años*, y hubiese un cuadro de *un francés* entre las cosas de Piedad.
3. Cualquier apoyatura a un nuevo contenido, o a un aspecto relativo al desarrollo cultural, científico o económico-social de nuestros pueblos, podía complementarse con ejemplos de Francia, en primer término: de la historia de Francia.

Atiéndase a la cantidad de artículos y narraciones en las que utiliza Martí este recurso simbólico. La referencia a las páginas en que aparecen situados responde a la edición de *La Edad de Oro* preparada por el Centro de Estudios Martianos en el contexto de sus 35 años, y que ya ha sido reeditada varias veces.

Fragmentos que aluden a la cultura francesa en el no. 1 de *La Edad de Oro*

La Ilíada, de Homero

El que no sepa francés, apréndalo enseguida, para que goce de toda la hermosura de aquellos tiempos en la traducción de Leconte de Lisle, que hace los versos a la antigua, como si fueran de mármol (p. 41).

Un juego nuevo y otros viejos

En el museo del Louvre de París hay una estatua de Diana muy hermosa, donde va Diana cazando con su perro, y está tan bien que parece que anda (p. 47).

.....

La gallina ciega no es tan vieja, aunque hace como mil años que se juega en Francia. Y los niños no saben, cuando les vendan los ojos, que este juego se juega por un caballero muy valiente que hubo en Francia, que se quedó ciego un día de pelea y no soltó la espada ni quiso que lo curasen, sino siguió peleando hasta morir: ése fue el caballero Colin-Maillard. Luego el rey mandó que en las peleas de juego, que se llamaban torneos, saliera siempre a pelear un caballero con los ojos vendados, para que la gente de Francia no se olvidara de aquel gran valor. Y ahí vino el juego (p. 47).

.....

Lo que no parece por cierto cosa de hombres es esa diversión en que están entretenidos los amigos de Enrique III, que también fue

rey de Francia, pero no un rey bravo y generoso como Enrique IV de Navarra, que vino después, sino un hombrecito ridículo, como esos que no piensan más que en peinarse y empolvase como las mujeres, y en recortarse en pico la barba. En eso pasaban la vida los amigos del rey: en jugar y en pelearse por celos con los bufones de palacio, que les tenían odio por holgazanes, y se lo decían cara a cara. La pobre Francia estaba en la miseria, y el pueblo trabajador pagaba una gran contribución, para que el rey y sus amigos tuvieran espadas de puño de oro y vestidos de seda. Entonces no había periódicos que dijieran la verdad (pp. 47-48).

Bebé y el señor Don Pomposo

Como lo quieren a él mucho, él quiere mucho a los demás. No es un santo, ¡oh, no!: le tuerce los ojos a su criada francesa cuando no le quiere dar más dulces... (p. 51)

.....

[...] esta noche Bebé está muy serio, y no da volteretas como todas las noches, ni se le cuelga del cuello a su mamá para que no se vaya, ni le dice a Luisa, a la francesita, que le cuente el cuento del gran comelón que se murió solo y se comió un melón (p. 52).

.....

La verdad es que Bebé tiene mucho en qué pensar, porque va de viaje a París, como todos los años, para que los médicos buenos le digan a su mamá las medicinas que le van a quitar la tos... (p. 52)

.....

Esta vez Bebé no va solo a París, porque él no quiere hacer nada solo, como el hombre del melón, sino con un primito suyo que no tiene madre. Su primito Raúl va con él a París, a ver con él al hombre que llama a los pájaros, y la tienda del Louvre, donde les regalan globos a los niños, y el teatro Guiñol, donde hablan los muñecos, y el policía se lleva preso al ladrón, y el hombre bueno le da un coscorrón al hombre malo. Raúl va con Bebé a París (p. 52).

.....

[...] y abrió una gaveta que olía a lo que huele el tocador de Luisa... (p. 53)

Fragmentos que aluden a la cultura francesa en el no. 2 de *La Edad de Oro*

La historia del hombre contada por sus casas

[...] porque los mayas de Yucatán no sabían que del otro lado del mar viviera el pueblo galo, en donde está Francia ahora, pero hacían lo mismo que los galos... (p. 60.)

.....

Hay pueblos que viven, como Francia ahora, en lo más hermoso de la edad de hierro, con su torre de Eiffel que se entra por las nubes: y otros pueblos que viven en la edad de piedra, como el indio que fabrica su casa en las ramas de los árboles... (p. 61.)

.....

[...] en todas partes había puentes y arcos y acueductos y templos como los de los romanos; sólo que por el lado de Francia, donde había muchos castillos, iban haciendo las fábricas nuevas, y las iglesias sobre todo, como si fueran a la vez fortalezas y templos (p. 68).

.....

[...] de modo que cuando los pueblos nuevos del lado de Francia empezaron a tener ciudades, las casas fueron de portales oscuros y de muchos techos de pico... (p. 68)

Músicos, poetas y pintores

Voltaire a los doce escribía sátiras contra los padres jesuitas del colegio en que se estaba educando: su padre quería que estudiase leyes, y se desesperó cuando supo que el hijo andaba recitando versos

entre la gente alegre de París: a los veinte años estaba Voltaire preso en la Bastilla por sus versos burlescos contra el rey vicioso que gobernaba en Francia: en la prisión corrigió su tragedia de Edipo, y comenzó su poema la *Henriada* (pp. 91-92).

.....

Víctor Hugo no tenía más que quince años cuando escribió su tragedia *Irtamene*. Ganó tres premios seguidos en los juegos florales; a los veinte escribió *Bug Jargal*, y un año después su novela *Han de Islandia*, y sus primeras *Odas* y *Baladas*. Casi todos los poetas franceses de su tiempo eran muy jóvenes. “En Francia”, decía en burla el crítico Moreau, “ya no hay quien respete a un escritor si tiene más de dieciocho años” (p. 92).

Fragmentos que aluden a la cultura francesa en el no. 3 de *La Edad de Oro*

La exposición de París

Francia fue el pueblo bravo, el pueblo que se levantó en defensa de los hombres, el pueblo que le quitó al rey el poder.

Eso era hace cien años, en 1789. Fue como si se acabase un mundo, y empezara otro. Los reyes todos se juntaron contra Francia. Los nobles de Francia ayudaban a los reyes de afuera. La gente de trabajo, sola contra todos, peleó contra todos, y contra los nobles, y los mató en la guerra y con la cuchilla de la guillotina. Sangró Francia entonces, como cuando abren un animal vivo y le arrancan las entrañas. Los hombres de trabajo se enfurecieron, se acusaron unos a otros, y se gobernaron mal, porque no estaban acostumbrados a gobernar. Vino a París un hombre atrevido y ambicioso, vio que los franceses vivían sin unión, y cuando llegó de ganarles todas las batallas a los enemigos, mandó que lo llamasen emperador, y gobernó a Francia como un tirano. Pero los nobles ya no volvieron a sus tierras. Aquel rey del oro y la seda, ya no volvió nunca. La gente de trabajo se repartió las tierras de los nobles y las del rey. Ni en Francia, ni en ningún otro país han vuelto los

hombres a ser tan esclavos como antes. Eso es lo que Francia quiso celebrar después de cien años con la Exposición de París. Para eso llamó Francia a París, en verano, cuando brilla más el sol, a todos los pueblos del mundo.

Y eso vamos a ver ahora, como si lo tuviésemos delante de los ojos (p. 100).

.....

Cien mil visitantes entran cada día en la Exposición. En lo alto de la torre flota al viento la bandera de tres colores de la República Francesa (p. 101).

.....

Por sobre un puente se pasa el río de París, el Sena famoso, y ya se ven por todas partes los grupos de gente asombrada, que vienen de los edificios de orillas del río... (p. 102).

.....

[...] la torre Eiffel, el más alto y atrevido de los monumentos humanos. Es como el portal de la Exposición (p. 103).

.....

De una de las raíces de la torre sube culebreando por el alambre vibrante la electricidad, que enciende en el cielo negro el faro que derrama sobre París sus ríos de luz blanca, roja y azul, como la bandera de la patria (p. 104).

.....

A cada lado del jardín desde el palacio grande hasta la torre, hay otro palacio de oros y esmaltes, uno para las estatuas y los cuadros, donde están los paisajes ingleses de montes y animales, las pinturas graciosas de los italianos, con campesinos y con niños, los cuadros españoles de muertes y de guerra, con sus figuras que parecen vivas, y la historia elegante del mundo en los cuadros de Francia (p. 105).

.....

[...] ése es el pueblo bravo y cordial de Uruguay, que trabaja con arte y placer, como el de Francia... (p. 110.)

Los zapaticos de rosa

Está la playa muy linda:
Todo el mundo está en la playa:
Lleva espejuelos el aya
De la francesa Florinda. (p. 130)

.....

Se vio sacar los pañuelos
A una rusa y a una inglesa;
El aya de la francesa
Se quitó los espejuelos. (p. 132)

**Fragmentos que aluden a la cultura francesa en el no. 4 de
*La Edad de Oro***

Un paseo por la tierra de los anamitas

[...] los hombres no deben llevar barba, que es cosa de fieras: aunque los franceses, que son ahora los amos de Anam, responden que esto de la barba no es más que envidia, porque bien que se deja el anamita el poco bigote que tiene... (p. 138).

.....

[...] trabajamos a la vez el bronce y la seda: y cuando los franceses nos han venido a quitar nuestro Hanoi, nuestro Hue, nuestras ciudades de palacios de madera, nuestros puertos llenos de casas de bambú y de barcos de junco, nuestros almacenes de pescado y arroz, todavía, con estos ojos de almendra, hemos sabido morir, miles sobre miles, para cerrarles el camino (p. 139).

.....

[...] dos mil años hace que los anamitas se están defendiendo de los chinos! Y con los franceses les sucedió así también, porque con esos modos de mando que tienen los reyes no llegan nunca los pueblos a crecer, y más allá, que es como en China, donde dicen que el rey es hijo del cielo, y creen pecado mirarlo cara a cara, aunque los reyes saben que son hombres como los demás, y pelean unos contra otros para tener más pueblos y riquezas: y los hombres mueren sin saber por qué, defendiendo a un rey o a otro. En una de esas peleas de reyes andaba por Anam un obispo francés, que hizo creer al rey vencido que Luis XVI de Francia le daría con qué pelear contra el que le quitó el mando al de Anam: y el obispo se fue a Francia con el hijo del rey, y luego vino solo, porque con la revolución que había en París no lo podía Luis XVI ayudar; juntó a los franceses que había por la India de Asia: entró en Anam; quitó el poder al rey nuevo; puso al rey de antes a mandar. Pero quien mandaba de veras eran los franceses, que querían para ellos todo lo del país, y quitaban lo de Anam para poner lo suyo, hasta que Anam vio que aquel amigo de afuera era peligroso, y valía más estar sin el amigo, y lo echó de una pelea de la tierra, que todavía sabía pelear: sólo que los franceses vinieron luego con mucha fuerza, y con cañones en sus barcos de combate, y el anamita no se pudo defender en el mar con sus barcos de junco, que no tenían cañones... (p. 140)

.....

[...] al teatro van para que no se les acabe la fuerza del corazón. ¡En el teatro no hay franceses! En el teatro les cuentan los cómicos las historias de cuando Anam era país grande, y de tanta riqueza que los vecinos lo querían conquistar; pero había muchos reyes, y cada rey quería las tierras de los otros, así que en las peleas se gastó el país, y los de afuera, los chinos, los de Siam, los franceses, se juntaban con el caído para quitar el mando al vencedor... (p. 144).

Historia de la cuchara y el tenedor

¡Cuentan las cosas con tantas palabras raras, y uno no las puede entender!: como cuando le dicen ahora a uno en la Exposición de París: “Tome una djirincka –¡djirincka!– y vea en un momento

todo lo de la Explanada”: ¡pero primero le tienen que decir a uno lo que es djirincka! (p. 147).

La muñeca negra

En el pilar de la cama, del lado del velador, está una medalla de bronce, de una fiesta que hubo, con las cintas francesas: en su gran moña de los tres colores está adornando la sala el medallón, con el retrato de un francés muy hermoso, que vino de Francia a pelear porque los hombres fueran libres... (p. 155).

Cuentos de elefantes

Muchos alemanes y franceses andan allá explorando, descubriendo tierras, tratando y cambiando con los negros, y viendo cómo les quitan el comercio a los moros (p. 160).

.....

Pero los que conocen bien al animal dicen que sabe de arrepentimiento y de ternura, como un cuento que trae un libro viejo que publicaron, allá al principiar este siglo, los sabios de Francia, donde está lo que hizo un elefante que mató a su cuidador, que allá llaman cornac... (p. 161).

.....

[...] el cornac tiene que andar con cuidado, y no hacerle esperar la botella mucho, porque le puede suceder lo que al pintor francés que, para pintar a un elefante mejor, le dijo a su criado que se lo entretuviese con la cabeza alta tirándole frutas a la trompa, pero el criado se divertía haciendo como que echaba al aire fruta sin tirarla de veras, hasta que el elefante se enojó, y se le fue encima a trompazos al pintor, que se levantó del suelo medio muerto, y todo lleno de pinturas (pp. 161-162).

Motivaciones ¿martianas?

Veintiocho en total son los textos agrupados en los cuatro números de *La Edad de Oro*. Si de ellos once se refieren, de algún modo, a la cultura

de Francia, entonces la revista alcanza casi un 40 % de mención a esa nación en todos sus trabajos; y, en ese cuarenta por ciento, conformado por artículos, narraciones o poemas, prácticamente, el 23 % incluye otros matices históricos. El resto, adquiere además otras connotaciones, de carácter simbólico o político.

Los treinta y tres fragmentos escogidos, constituyen el primer paso para una interpretación conceptualmente más completa del fenómeno descrito, y que además, no dejará lugar a dudas sobre la variedad y gran número de referencias martianas a Francia en *La Edad de Oro*. Son códigos o indicios de lectura, en los que tal vez, poco habíamos reparado; lazos culturales que tiende Martí entre la América y Europa; entre este tiempo y cualquier otro tiempo, anterior o futuro; entre los lectores de Cuba y Francia; entre los niños y las niñas que fuimos todos una vez y nuestros hijos; y entre nuestros sentimientos de identidad local, nacional y universal con la cultura que reconocemos y con la que nos parece ajena; todo lo cual confiere gran utilidad a estos estudios multidisciplinarios.

José Martí nos sigue iluminando desde su presente inacabable, devolviéndonos el ser. “Enhorabuena –afirma Paul Estrade en su libro *José Martí. Los fundamentos de la democracia en Latinoamérica*–, los estudios martianos no tienen pausa”.

Referencias

- ARIAS, S. (2012). *Un proyecto martiano esencial: La Edad de Oro*. La Habana: Centro de Estudios Martianos.
- BARRERO MORELL, A. (2001). Poetas cubanos de expresión francesa. Otros comentarios. *SIC*, (13), p. 10
- ESTRADE, P. (2016). *José Martí. Los fundamentos de la democracia en Latinoamérica*. La Habana: Centro de Estudios Martianos.
- MARTÍ, J. (2006). *Nuestra América. Edición Crítica*. En Vitier. C., *Vida y Obra del Apóstol José Martí*. (2006). La Habana: Fondo Cultural del Alba y Centro de Estudios Martianos.
- MARTÍ, J. (2012). *La Edad de Oro*. La Habana: Centro de Estudios Martianos.
- RODRÍGUEZ, P. P. (2012). *Pensar, prever, servir. El ideario de José Martí*. La Habana: Ediciones Unión.

VITIER, C. (2006). *Vida y obra del Apóstol José Martí*. La Habana: Fondo Cultural del Alba y Centro de Estudios Martianos.

VITIER, C. (2006). *Ese sol del mundo moral*. La Habana: Editorial Félix Varela.